



mejanza.» ¿Y á quien lo dijo? A él mismo. El Padre lo dijo al Hijo y al Espíritu-Santo: tal es la interpretacion universal. No lo dijo á los ángeles, porque estos no tienen con Dios una imágen comun. Tambien Moisés lo confirma expresamente: *F' crió Dios al hombre á su imágen; á imágen de Dios lo crió.*

Dios es espíritu é inteligencia: el hombre criado á su imágen, es igualmente espíritu é inteligencia. Pero Dios es un espíritu infinitamente perfecto; el hombre, un espíritu de una perfeccion limitada. Dios es una inteligencia soberanamente pura; el hombre una inteligencia encarnada, un espíritu incorporado ó unido á un cuerpo. El hombre, espíritu y cuerpo, está de este modo colocado en los confines de dos mundos, el de las inteligencias y el de la materia, para unir en su persona el uno al otro, y no hacer, bajo la mano de Dios, más que uno solo. Así San Ambrosio de Milan llama al hombre una especie de total universalidad (1). Dios le formó su cuerpo del barro de la tierra, á fin de hacer participar de la dignidad humana toda la creacion material, y elevarla en cierta manera hasta Dios. ¿Y quién es este Dios que le forma? ¿No es el Hijo, el Verbo, por el que el Padre ha hecho todas las cosas? ¡El Hijo que debía un dia tomar él mismo este cuerpo y hacerse hombre como nosotros!

¿Es necesario admirar en vista de esto que los sábios de todos los tiempos y de todos los paises, poetas, filósofos, médicos, padres de la Iglesia, aun los apóstoles, hayan celebrado á porfia las maravillas del cuerpo humano (2)? ¿Habrá que asombrarse de que la ciencia descubra todos los dias en él cosas nuevas? Es que si Dios no ha impreso su misma imágen, ha sellado sus huellas más que en criatura alguna material. No es, pues, extraño que un médico pagano, despues de haber descrito su admirable estructura, se sirviera exclamar: «No, no es un libro lo que acabo de hacer, es un himno

(1) *Summa quædam universalis, hec.*, l. c. 6. 10.

(2) Ciceron, *De nat. deor.* Galeno, *De usibus part.* San Ambrosio, *hec.*, lib. VI, c. IX. Bo-suet, *Conn. de Dieu et de soi memo.* Fenelon, *Existence de Dieu.*

el que acabo de cantar en honor de la Divinidad (1).»

A primera vista se reconoce en el hombre al rey de la Creacion. Todos los animales tienen naturalmente el cuerpo inclinado hácia la tierra, como para tributar homenaje á alguno. Sólo el hombre se tiene naturalmente derecho y en la actitud de mando y de autoridad. Su estructura es tal, que le es imposible marchar á la vez sobre sus piés y sus manos como los cuadrúpedos. La naturaleza misma le enseña que es el representante de Dios, y como tal, no debe tocar la tierra más que por sus extremidades inferiores para elevarse todo derecho hácia el cielo. No solamente Dios ha colocado el cuerpo humano en armonía con los animales y las plantas que cubren la tierra, para que se sirva de ellos y llene cumplidamente sus necesidades, sino que le ha puesto en perfecta armonía con él mismo. Los miembros de su cuerpo son numerosos y diversos, sus funciones y cavidades muy diferentes; unas se encuentran en lo alto, otras debajo y otras en medio. Una cavidad mútua las une á todas de tal modo, que cuando alguna parte padece, todas sufren con ella. En fin, por numerosas y diversas que sean, no formarán más que un cuerpo. Esta bella armonía nos la propone por modelo un apóstol (2).

Es una imágen del Universo, dice San Ambrosio (3). La cabeza en el cuerpo humano, es el cielo en el mundo, la parte más excelente y más elevada; los ojos, son lo que el sol y la luna en el cielo, los astros que esclarecen todo el resto; las manos se mueven con una admirable precision, son el instrumento de los instrumentos (4), con ellas se fabrica una multitud de otras que centuplican millares de veces su fuerza y su destreza para someter la tierra, el mar y los aires.

En la region superior del hombre, es donde principalmente está su vida y su belleza. Allí se encuentran reunidos, con los ojos, todos los más nobles órganos; los oídos, siempre abier-

(1) Galeno.
(2) 1. Cor., 12.
(3) *Hexæm.*
(4) Aristóteles.



tos como vigilantes centinelas, para trasmitirle los sonidos; las narices, á virtud de las cuales distingue los diversos olores que el aire trasmite; la boca, en comun de la lengua, que juzga del sabor; la boca y la lengua, con las cuales el hombre viene á ser una especie de criador, realizando en el exterior, por medio de la palabra material, su palabra inmaterial interior, viniendo á hacer sonoro el silencioso comercio de los espíritus; la lengua, que por esta razon, significará entre todos los pueblos el mundo visible y el invisible pensamiento.

Estos preciosos órganos de la cabeza están dispuestos con una tan bella simetría, armonizados en su conjunto con un arte tan natural, que en toda la creacion no se ve nada más bello, más gracioso, de suyo noble, expresivo, espiritual y divino. Tambien el apóstol no quiere que el hombre se cubra la cabeza, *porque ella es la gloria de Dios* (1). Parece que Dios mira la cabeza del hombre como su principal obra y que está como celoso cuando se la admira.

El interior del cuerpo no nos presenta menos maravillas. La anatomía y la medicina han descubierto tan grandes maravillas y en tan extraordinario número, que todos los progresos de las ciencias y de las artes no parecen sino una imitacion grosera. Todos los dias los sábios están descubriendo otras nuevas, y están tan lejos de conocerlas todas, que los fenómenos más comunes y los más importantes, la vida y la muerte, son aún para ellos inexplicables misterios.

¡Cuántos misterios se operan á cada paso en nosotros, sin que nosotros lo pensemos! Los diversos alimentos que acabamos de tomar, nuestro estómago los trasforma en una sustancia lactinosa, llamada quimo, que convertida en quilo, y dirigiéndose al corazon, se trasforma en sangre. El corazon, despues de haberla refrigerado y colorado en los pulmones, la conduce á través de ciertos canales llamados arterias hasta las extremidades del cuerpo.

La sangre de estos canales se trasforma en diversas sustancias, en carne, en hueso, en

(1) 1. Cor., II.

piel; una vez llegada á las extremidades, el resto vuelve por canales diferentes, llamados venas, al corazon, para mezclarse con el nuevo quilo, circular otra vez por todo el cuerpo y entretener sin cesar el calor y la vida.

Para recibir estas olas de líquidos vitales, el corazon se dilata; y para arrojarles á fuera y repartirles por todas las regiones interiores, se contrae. Este movimiento que impele la sangre en las arterias y que produce lo que se llama pulso, se hace regularmente sesenta veces por minuto; la circulacion entera se acaba veinticuatro veces en una hora. Donde comienza este flujo y reflujo, allí da principio la vida; donde cesa, termina tambien la vida.

En este flujo y reflujo hay más misterios y maravillas que en el flujo y reflujo del Océano.

Una parte de la sangre, enviada por el corazon á la parte superior de la cabeza, se trasforma en una sustancia blanda y delicada, llamada cerebro, centro comun de la sensibilidad y del movimiento, por medio de los nervios que partiendo de él se esparcen por todo el cuerpo. Dos de estos nervios ó cordones medulosos penetran en dos cavidades debajo de la frente, tapizan el fondo del ojo, que encajan como un globo de cristal. Desde allí vendrán á pintar fielmente todas las formas y todos los colores, y el cielo sembrado de estrellas, y la pradera esmaltada de flores. Otros dos se dirigen á cada lado de la cabeza, al fondo de esos valles sonoros llamados orejas, y allí reproducen fielmente el eco de todo lo que retumba, desde el ruido del trueno hasta el susurro de un arroyo. Otros van á revestir el interior de las fosas nasales para dar testimonio igualmente del perfume de la rosa y de la infeccion de la putrefaccion. Otros van á esparcirse sobre la superficie de la lengua, para apreciar el gusto y la dulzura de la miel y el amargor de la hiel. Los restantes, que son innumerables, nacidos los unos inmediatamente del cerebro, los otros de su prolongacion á través de las vértebras del dorso ó de la médula espinal, se esparcen por toda la superficie del cuerpo, para advertir al instante, en cualquier parte que sea, de todo lo que venga á tocarle.



Un fluido sutil, invisible, que se llama espíritu vital ó animal, y que se cree sea un finísimo vapor de sangre, parece ser el diligente mensajero de este viviente imperio.

Desde el cerebro parten las órdenes soberanas con la rapidez de la luz hasta las fronteras más lejanas, y trae con la misma celeridad las diversas nuevas. De aquí esa prontitud instantánea, esos movimientos repentinos para tomar lo que place, ó rehusar lo que desagrada. Es en cierta manera algo parecido á ese fluido sutil, impalpable, invisible igualmente: el fluido eléctrico ó magnético, que parece animar á todo el Universo.

¿Qué de maravillas solo en el cuerpo humano! Sin embargo, esto es poco aún, porque misterios más elevados se encuentran en él. Inmolado sobre la cruz en la persona del Verbo Divino, reconciliará el cielo con la tierra, Dios y los hombres; inmolado sobre nuestros altares, nos serviría todos los días de víctima de un precio infinito, para honrar á Dios tan dignamente como su dignidad lo exige. Este divino cuerpo vendrá á ser para nosotros un celeste manjar, que nos cambiará en él; por este misterio nuestros mismos cuerpos serán los templos de Dios; nuestros corazones los tabernáculos vivientes del Santo de los santos.

La muerte no tiene ya nada de horrorosa para los que cumplan la ley de Dios. Este cuerpo, del cual es necesario separarse, le volverán á tomar las almas escogidas con indecible alegría; de mortal, de corruptible, de grosero que ha entrado en la tumba, saldrá inmortal, brillante, incorruptible, espiritual, para participar eternamente de la gloria de Dios mismo.

Si esto sucede con nuestro cuerpo, que ha sido formado de barro de la tierra, ¿qué será de nuestra alma, que viene directamente de Dios? Porque despues de haber formado Dios á nuestro primer padre, *inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente.*

No se reconoce vida como la nuestra en los minerales y en las piedras; sin embargo, se encuentra ya un no sé qué que reúne, un no sé qué misterioso que atrae y congrega fuer-

temente todas las partes, que atrae aun á las veces lo exterior á ellos; sin saber demasiado lo que es, se la llama principio de cohesión, fuerza atractiva.

Por lo que toca á las plantas, todos reconocen en ellas vida: en efecto, ellas se nutren, crecen, respiran, se unen, se reproducen y mueren. En cuanto al principio de esta vegetación, los antiguos le llamaban alma vegetativa; hoy se llama fuerza vegetal. Las palabras son un poco distintas, pero no se conoce la naturaleza de la cosa.

En los animales se descubre una vida más desenvuelta, más desarrollada: no solamente se nutren, respiran y se reproducen, sino que aun se mueven y sienten; tienen órganos de sensación; algunos hasta cinco. Este principio que hace á los animales capaces de sentir, le llamaban los antiguos alma sensitiva; los modernos llaman poder sensitivo, facultades animales, ó por alguna otra palabra que no explica mejor lo que es.

Sobre esta materia no sabemos sino que Dios ha producido de la tierra las plantas y los animales, con su especie de alma ó de vida; pero no ha sucedido lo mismo con nuestra alma. Ella es un soplo de su boca, la ha sacado en cierta manera de él mismo, no porque ella sea una parte de su esencia, sino porque ha sido hecha á su imagen.

Lo que Dios es para el mundo, nuestra alma es para el cuerpo: Dios no es el mundo, pero ha hecho ser el mundo; todo lo que es ó tiene de verdadero, de real, de bello, de bueno, procede de Dios; sin Dios, volvería á caer en el no ser. Igualmente, nuestra alma no es el cuerpo, sino que ella anima al cuerpo; ella es la que mantiene reunidos los diversos miembros; ella es la que le hace respirar, nutrirse, crecer, moverse, sentir, resumiendo así en ella todas las maravillas de los tres reinos. Sin ella, deja de vivir, cae en el no ser como cuerpo.

Todo lo que el mundo tiene de realidad y de perfección, Dios se lo comunica, lo posee eminentemente en él mismo. Todo lo que el cuerpo tiene de belleza y de vida, el alma se lo comunica, lo posee eminentemente en ella misma. Colocada en los confines de dos mun-



dos, el de los cuerpos y el de los espíritus, ella tiene, no solamente la virtud de animar el cuerpo á que está unida, emplear los órganos para conocer los objetos exteriores, sino que tiene aún el deseo y la facultad de conocer la razón y la causa de lo que ella percibe por los sentidos, sobre todo la razón, la causa primera, que es Dios, y entenderse con sus semejantes por medio de la palabra. Por ella pertenece al mundo de los espíritus.

Con este deseo y esta facultad, el hombre viene á ser una especie de criador, un dios terrestre. Crea en cierta manera, no sustancias, pero sí nuevas formas. Sin cesar inventa y perfecciona, mientras que los animales, aun los más diestros, no inventan ni perfeccionan nunca. Las aves hacen sus nidos siempre del mismo modo. Los gatos y los castores no eran más astutos hace siglos que en nuestros días. Desde hace cinco á seis mil años que se mata á los animales de todas maneras, y ellos no han encontrado un sólo medio nuevo para defenderse, no han adquirido ni siquiera una sombra de mayor poder. Limitados á la especie de inteligencia mecánica ó de instinto que Dios les ha dado, ellos hacen sin aprendizaje y sin progreso lo que siempre han hecho, lo que harán toda su vida en el porvenir. No es esto porque no tengan cerebro ni otros órganos corporales. Los becerros tienen proporcionalmente más cerebro que el hombre. El del singe-pongo ó orangutan, es absolutamente de la misma forma y de la misma proporción que el del hombre (1); la lengua y todos los órganos de la voz son los mismos; en lugar de dos manos, tiene cuatro, porque sus piés tienen la misma forma y flexibilidad. Sin embargo de esto, el orangutan siempre es el mismo; jamás piensa, ni habla, ni se perfecciona. Con todos los órganos de la voz, no solamente no habla, sino que aun no puede aprender á hablar; en lo cual aún está por debajo de un papagayo, de una picaza, de un mirlo, al cual se enseña sin mucho esfuerzo á articular algunas palabras, lo que nunca ha podido hacer un mono ni un orangutan. Educados por el hombre, el perro y el ele-

fante participan en alguna manera de su inteligencia y afecciones: no solamente adivinan su pensamiento, le ejecutan con destreza y docilidad, sino que se unen á él, se muestran reconocidos del bien que les hace, le defienden cuando su vida pelagra, se afligen y demuestran un gran sentimiento por su muerte. Nada parecido se encuentra en el orangutan: se les doma, se les subyuga, pero no se les podrá amansar, ni domesticar; permanecen cautivos, no domesticados. En este estado, se les ve siempre indóciles, bellacos, arteros, glotonos, vengativos y brutales (1). No son sensibles sino á los castigos, y no ceden sino cuando se ven más débiles. No parecen ser hechos más que para mostrar al hombre que con su cuerpo tan bien proporcionado, que con sus admirables órganos, su cerebro, su lengua, sus manos, no sería más que un extravagante ridículo animal, si no tuviera un alma creada á imagen de Dios, á imagen de la inteligencia suprema.

El alma, hé aquí el *soplo del Todopoderoso*, que, como dice un sabio antiguo, *hace inteligente al hombre* (2), le eleva por encima de todos los animales y le constituye, despues de Dios, rey de la tierra; y que si no puede alcanzar al sol y á las estrellas, él calculará el orden y la marcha, se servirá de ellas como de señales para reconocerse en las diversas regiones de un imperio, en las diversas épocas de la historia.

Una señal de soberanía entre los antiguos, era el fuego. Se le llevaba delante de los emperadores romanos y detrás de los reyes de Persia. En este último país, el fuego era además simbolo de la divinidad. Algo parecido se ve en el pueblo de Israel, en el fuego perpetuo que los sacerdotes conservaban delante del arca del Altísimo. El hombre es el único sér sobre la tierra á quien Dios ha concedido esta prerrogativa del poder supremo y divino; el hombre es la única criatura á quien Dios ha concedido el uso del fuego. Los animales aman el calor, sobre todo los gatos y los monos; le verán hacer cien y cien veces al hombre, y

(1) Buffon.

(1) Dumeril.

(2) Job, 32, 8.



jamás descubrirán el hacerlo ellos mismos, ó simplemente intentarlo. Para demostrar la infinita distancia que Dios ha puesto entre el hombre más rudo y el animal más astuto, basta un hogar.

Pero donde aparece mayor la imágen de Dios en el hombre, es en la naturaleza íntima de su misma alma, no en la preeminencia que le ha dado sobre las otras criaturas. En ella se ve lucir con magnífico esplendor la adorable Trinidad.

Creado á imágen de Dios, el hombre no podrá ver naturalmente á Dios en esencia, sino solamente en imágen, en sus criaturas. El verle en sí mismo, el verle como Dios mismo se ve, es una cosa naturalmente imposible, no solo al hombre, sino aun á toda criatura posible; porque entre la criatura más perfecta y Dios, hay siempre el infinito: de suerte que la criatura más perfecta no podría concebir ni la idea de esta vision divina. ¡Pues bien! lo que el ojo del hombre no podría ver, lo que su oído no podría oír, lo que su corazón no podría conjeturar, Dios lo prepara en su infinita bondad.

Nos ha hecho, no solamente para conocerle en sus criaturas, sino para verle en cierto modo un día en su esencia, conocerle, amarle, vivir de su vida, ser felices de su dicha y ser glorificados de su gloria.

¿Pero quién medirá el inconmensurable espacio que nos separa de él? Él mismo: su amor le trasportará fuera de él hasta nosotros, y nos hará participantes de su propia naturaleza á fin de elevarnos hasta él. Esta inefable bondad, esta participacion en determinado sentido de la naturaleza divina, este don sobrenatural á toda criatura, se llama gracia.

Nuestra naturaleza misma es una gracia, en el sentido de que Dios nos la ha dado sin debérsela; pero se la distingue de la gracia propiamente dicha. Por la naturaleza, Dios nos da gratuitamente nosotros mismos á nosotros mismos; pero por la gracia, se da él mismo gratuitamente á nosotros. Así de la naturaleza á la gracia, hay toda la distancia que media entre Dios y nosotros.

El principio de esta nueva creacion, de esta vida, es la fe divina y sobrenatural.

Criados á imágen de Dios, en cuanto nuestra alma, aportamos al nacer este fundamento comun de la razon humana, que se llama *primeros principios*, principios evidentes por sí mismos, y que forman el sentido comun propiamente dicho: luz natural que se despliega espontáneamente en nuestra alma, como el sol en el mundo; luz natural que se manifiesta y se prueba, como la del sol, por sí misma. La palabra de un padre, de una madre, penetrando dulcemente en nuestra alma, da allí cuerpo y nombre á nuestros primeros principios. Por esta fe natural que tenemos á la palabra de un padre, de una madre, entramos en comunion de la inteligencia con nosotros mismos y con nuestros semejantes. Se establece como una respiracion del alma: aspira el pensamiento en la palabra recibida, aspira en la palabra emitida: empezamos á vivir en la atmósfera de la razon humana, imágen, participacion, pero imperfecta, de la razon divina. Intimamente regocijados de las verdades que nos descubre, las amamos y la amamos; pero amamos sobre todo al que nos ha hecho para esta comunion de palabras y de pensamientos, de inteligencia y de amor, y que es el origen y el centro, en una palabra, Dios. Tal es en sustancia la sociedad divina y humana, ó la religion que habrán de producir la fe, la esperanza y la caridad naturales.

Mas la gracia, que no destruye la naturaleza, y que al contrario, la supone y la perfecciona, viene de lo alto. Al modo de la palabra y de la razon humana, á la cual creemos natural y necesariamente, Dios nos hace oír una razon y una palabra infinitamente más altas. Esta no es solamente una cierta imágen de él mismo la que pretende mostrarnos á través de las criaturas, sino que él quiso un día dejarse ver á nosotros cara á cara en su adorable esencia y tal como él mismo se ve; quiso hacernos semejantes á él. Todo lo que puede aquí la razon humana, es hacer ver que es necesario creer en Dios infinitamente más aún que en el hombre, y que si hay alguna cosa creible en el mundo, es que Dios ha revelado tal ó cual verdad. Pero estas verdades están de tal manera por encima de nosotros, que nos son natural-



mente inaccesibles; nuestra inteligencia no podrá comprenderlas, nuestra voluntad no podrá elevarse hasta ellas. La gracia viene en auxilio de la una y de la otra; las fortifica, las eleva hasta estas verdades divinas; nos impele á adherirnos á ellas, nos adherimos á la solicitud de la gracia, y elevados sobre nosotros mismos, creemos sobrenaturalmente en Dios y en todo lo que ha revelado á su Iglesia.

Ultimamente, la gloria adonde nos llamamos es naturalmente deseada, y esperamos de su bondad los medios necesarios para alcanzarla. Prevenidos, secundados, sostenidos por su gracia, la amamos soberanamente, la amamos, no sólo por nuestro amor á nosotros, sino por amor hácia él mismo. ¡Union, amor inefable, despues del cual la union, el amor del padre, de la madre, del hermano, de la hermana, del esposo, de la esposa, no es más que una sombra! La union misma del cuerpo y del alma que constituye la vida natural, es ménos estrecha que esta union del alma con Dios, que constituye la vida sobrenatural. Algunas personas tan doctas como santas nos enseñan que la caridad que une el alma á Dios, llega á ser algunas veces, aun aquí bajo, tan íntima y tan viva, que rompe las ligaduras que unen el alma al cuerpo (1).

En cuanto á nuestro primer padre, no fué criado en un estado de imperfeccion y de infancia, sino con un cuerpo perfecto, con una inteligencia y voluntad perfectas, con la fe, la esperanza y la caridad divinas. Los sentidos estaban sometidos á la razon, la razon estaba sometida á la gracia; todo estaba allí dispuesto en la más bella armonia. No solamente el alma representaba la imágen de Dios en sus facultades naturales, sino que ofrecia una inefable semejanza en sus virtudes sobrenaturales y divinas; semejanza que debia crecer hasta una trasformacion completa, hasta hacer del hombre un mismo espíritu con Dios (2).

Estando llamado el hombre á esta dignidad excelsa, se concibe que todo se haga para él en

(1) Santa Teresa, *Camino de la perfeccion*, capítulo XIX.

(2) 1. Cor. VI, 17.

este mundo; se conciben aun las atenciones que Dios le prodiga antes y despues de su creacion. No contento con haberle embellecido de antemano toda la tierra, le escogió para su primera morada la más encantadora region, llamada por esto Eden ó delicias. En el lado oriental de este sitio delicioso plantó un jardin, donde reunió los árboles más agradables á la vista y los frutos más dulces al paladar. En medio del jardin, estaban el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal.

«Y del Eden salia un rio para regar el jardin, y desde allí se dividia y llegaba á formar cuatro rios principales. El uno se llama Phisón, y es el que cerca la tierra de Hevilath, donde se encuentra el oro, y el oro más puro; allí es tambien donde se encuentra el odelio y la piedra de onice (ágata). El nombre del segundo rio es Gehón; este es el que cerca el país de Cush. El nombre del tercer rio es el de Tigris, y se extiende del lado oriental de la Asiria. El cuarto rio es el Eufrates.»

¿Dónde estaba situada esta comarca del Eden, y por consiguiente, el jardin de Dios ó Paraíso terrestre? Las opiniones han sido muy diversas, sobre todo entre los antiguos, que conocian ménos la forma exacta de la tierra y sus diferentes partes. Hoy la opinion más comun, y que parece la más fundada, coloca este Eden primitivo en la Armenia, hácia los orígenes del Eufrates, del Tigris, del Fasis y del Araxis. Desde luego, el Tigris y el Eufrates, sobre los cuales todos están de acuerdo, salen de allí bastante cerca el uno del otro, y deciden así la cuestion. El Phisón es, segun todas las apariencias, el Fasis, muy renombrado, y que, procedente de las montañas de Armenia, giraba de mil maneras en el país de la Cólquida, y allí acarrea pepitas de oro. La tierra de Evilath que regaba, se cree recibiera el nombre de un descendiente de Sem, cuya posteridad parecia haber habitado esta comarca en tiempo de Moisés. Respecto al Gehón, que significa *impetuoso*, se puede creer que es el Araxis ó Ciro, que allí se junta. El nombre de *impetuoso* conviene perfectamente al Araxis, que jamás ha sufrido puente; ¡tanta es su rapidez! Se ha dicho además, que *el Gehón multiplica sus aguas en los*